

Los suspicaces se fijaron en una particularidad: á eso de las dos de la madrugada, S. A. S. fué llamado á los departamentos interiores, donde un correo extraordinario, con todas las señales de haber corrido mucho, le entregó unos pliegos que traía cuidadosamente guardados.

Poco después, aunque disimulando mucho su disgusto, S. A. S. se despidió visiblemente contrariado, en compañía de su distinguida familia. ¿Sería á causa de lo contenido en los mensajes que recibió?

5 de Marzo. Se sabe que los pliegos que recibió S. A. y que tanta desazón le causaron, procedían del departamento de Guerrero, donde el bandido Alvarez y algunos secuaces suyos acaban de pronunciarse.

Semejante suceso sólo puede contrariar al General Presidente, como prueba que es de que hay todavía ruines y malagradecidos que no estiman sus esfuerzos por hacernos felices hasta haberlo logrado, pero no por otra cosa.

Risa da que los pintos traten de enfrentarse con el poder existente, que es tan fuerte y tan grande.

## ESTAFETA POLÍTICA Y SOCIAL

De Juan Pérez de la Llaná á Anarda...

19 de Octubre de 1853.

Muy querida señora: le escribo á usted ésta desde la orilla del Mescala, sufriendo el calor más espantoso que haya pasado en mi vida, y mientras me hace aire con un abanico de palma un chiquillo casi desnudo. No atribuya, pues, á rocío de lágrimas las manchas que advierta en este papel, sino crea que proceden de otro humor menos poético aunque más bíblico: el sudor de mi frente.

Desde el día doce, que merced á la astucia y añagazas del famoso Cayetano, ese criado de oro que me suministró la bondad de usted, salí escapado de la cárcel de México, hasta hoy, que llegué aquí, he tenido tiempo apenas de poner á usted unas cuantas letras. Estas se las remito por *extraordinario*, pues usted sabe muy bien que fiarse de la estafeta es tiempo perdido: en el cinco por ciento calcula



el señor Lerdo las cartas que llegan por ese oficial y respetabilísimo conducto.

Además, si su señor esposo, consejero, magistrado y hombre de mucho viso, supiera que se cartea usted con un mísero reo prófugo de las cárceles, y acusado nada menos que del tremendo delito de infidencia, de seguro no se sentiría muy contento. Es, pues, mejor que vaya el *propio* conduciendo esta epístola.

Estoy como desorientado en esta tierra: del aposento tristón, oculto y sin magnificencia en que vivía en el Puente de Balvanera, al cubil que habito en este rancho, que tiene por todo menaje una cama de «cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos», hay la misma distancia que de la edad civilizada á la netamente bárbara.

Pero eso mismo me hace abrir los ojos lleno de curiosidad y encantarme con cada paisaje, con cada costumbre, con cada fase desconocida que descubro en este mundo nuevo, que se me acaba de aparecer, de seguro para demostrarme que el planeta es muy grande y que hay en él algo más que el carruaje tirado por mulas pintas, propiedad de mi señora doña María Antonia Lares, y que la barranca del Aguila que se halla en la hacienda de las Cruces, propiedad de la misma señora y su esposo.

Las peripecias de mi escapatoria no tengo que referirlas á quien las previó y concertó con talento y astucia extraordinarios; pero sí debo contarle que las peripecias

psicológicas son cada día más variadas y distintas, y que vivo á mal traer con mis imaginaciones.

Si mi suerte perra y esta malhadada prisión no me hu-



bieran impedido leer aquella bendita carta que cogieron los esbirros, á la hora de ésta sabría si mi lugareña se casa, si se mete monja ó qué partido toma.

Bien que tales cosas son inútiles y más vale no pensar en ellas: esa empresa para mí no está guardada y dejo que la siga alguien más afortunado ó más valiente que yo.

Mas á cambio, y como necesito llenar el maldito músculo hueco que tanto daño me hace, quiéralo ó no alzo los ojos á mayor altura, por más que sepa que la estrella no



ha de mandar sus resplandores al pobre gusano que perece de amor.

Pero reconozco que me voy poniendo pesado y volviéndome más romántico que si me hubiera bebido una dama-juana de vinagre. Humillo, pues, un poco el estilo para hacerle saber que mañana salgo para Acapulco, donde entregaré la carta de usted al señor Comonfort, que de seguro me recibirá como enviado de tal persona.

Muy devotamente besa los pies de usted su adicto y agradecido

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Anarda... á Juan Pérez de la Llana.

2 de Noviembre.

Mi querido amigo: verdadero placer he tenido en leer la carta de usted, que me trajo con toda puntualidad el *pintito* á quien envió.

Mucho me alegro que haya usted llegado sin novedad á ese Estado de Guerrero, que tan honda impresión ha causado en su espíritu, esencialmente romántico y capaz de prendarse de los espectáculos de la naturaleza.

Feliz usted que puede mirar algo nuevo. Aquí, entre la suciedad y la fetidez que nos rodea, no se distingue nada

que valga la pena ni sobresalga un poco de lo común y vulgar.

Las mismas *Cadenas* obscuras, el mismo paseo polvoso ó imposible de lodo, las mismas tiendas con los mismos escaparates y los mismos paseantes; en fin, somos más desafortunados que Fernando VII, porque aquí los mismos perros tienen los mismos collares. Es para hacer desesperarse á cualquiera.

Una sola novedad tuvimos en esta semana: una tormenta que inundó la ciudad impidiendo el tráfico por completo. Del Colegio de niñas á la Plaza era una sola laguna: barrios hubo en que el agua se introdujo al interior de las habitaciones, derribando las puertas y haciendo navegar las vigas del techo. Carros y coches se perdían entre el lodazal, y por más de tres días no hubo alma nacida que saliera de su casa.

Sabrá usted que ya vamos á tener nuevamente Orden de Guadalupe, pues esta gente no se contenta con menos que con una corte al estilo de las de Otaheti ó las islas Sandwich: mucho relumbrón, mucha cruz, mucho espadín y mucho no comer.

Por supuesto que mi excelso marido está propuesto para un cargo y que ya fatiga á todos los sastres y costureras queriendo le confeccionen á toda prisa la vestimenta que tendrá que lucir: le nombran no sé si comendador ó caballero; pero me consta que hace los imposibles para



alcanzar el grado inmediato. Como descendiente de los marqueses de Santarina se considera con más derecho que nadie á formar parte de la mascarada cómico-nobiliaria, y lo cierto es que si buscan gente falta de seso, allá está el hombre que ni mandado hacer.

En materia de teatros, nada hemos tenido. En el de Oriente ó Puesto Nuevo se representó días pasados la comedia *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, á beneficio del actor Fernando Calderón, siendo dedicada la fiesta á Santa Anna y su esposa. Ambos asistieron, pues usted sabe como el Presidente considera uno de los deberes de su cargo obsequiar las invitaciones que le hacen cómicos, farsantes, saltarines y demás gente de la carátula, quizás por la afinidad que con ellos tiene y lo mucho que se les parece. Fué famoso en México aquel Benito León Acosta, que ascendió en globo, y á quien S. E. sentó nada menos que á su mesa, en medio de los ministros y generales, dando que reír grandemente el anfitrión y el obsequiado, el uno por su condescendencia y el otro por sus torpezas.

La política anda cada día peor. Por recomendación de mi amiga la excelente señora Negrete, de Guadalajara, fuí á ver á Doloritas para interesarme por unos señores Angulo, que no tienen más delito que el de que uno de ellos haya sido gobernador de Jalisco en tiempo del moderantismo.

Lo que habían pasado los infelices era para partir el

corazón. Uno, el más inofensivo, se hallaba en trance de muerte cuando se le ordenó salir; tuvo que moverse conducido en una camilla, acompañado de sus hijos y su mujer, y antes de llegar á Querétaro murió en medio del campo, sin auxilio ni compañía. Los otros dos tenían un ranchito y se vieron precisados á abandonarlo, perdiendo así lo poco que podían levantar de cosecha.

Doloritas, que es buena, me ofreció interesarse con su marido; y don Antonio, que me aborrece, pero que sabe no puede desterrarme ni mandarme á presidio, concedió á don Joaquín Angulo vivir en su haciendita de Santa María, y á don Leonardo retirarse á Tepatitlán, donde tiene unos cortos bienes.

Dios está castigando á Antonio Haro y al general Basadre. Usted recuerda cómo Haro, que es exaltado hasta rayar en furioso, hacía gala de su santanismo. Pues bien, apenas salió del Ministerio, fué perseguido como alimaña venenosa, su casa registrada y secuestrados todos sus papeles. Creo que tendrá que arrepentirse de esa saña el dictador.

Basadre, hombre de ideas conservadoras, pero honrado y leal, va muy frecuentemente á la mano al General, pintándole el resultado de sus desaciertos; pero los ministros, que aborrecen á Basadre, le pintan como malqueriente y hasta como sedicioso. ¡Malqueriente y sedicioso el hombre que ha corrido más riesgos por Santa Anna y el que



tantas veces estuvo á punto de ser fusilado cuando atravesó la República disfrazado en hábito de fraile! Por cierto que ha de haber hecho un fraile muy guapo este simpático y proceroso caballero.

Los robos siguen á la orden del día. Dicen que hay una sociedad de más de cincuenta bribones que ha empezado á robar introduciendo una modificación muy importante: las heridas y hasta el asesinato.

Los casos de Iturbide y Bermejillo, el del marqués de la Rivera y algunos otros dan idea de la maña y sutileza de estos bribones.

A lo que parece los tales son cubanos ó españoles, de la partida de Narciso López, y gente determinada y resuelta.

Fijaron en la puerta de la iglesia de San Cosme un pasquín retando á Santa Anna y á su policía para que los cojan, pues dicen no tienen miedo á estos diurnos modorras, puesto que han engañado á gente que vale. Dios quiera que salga triunfante el Gobierno en esa pugna, aunque lo dudo mucho.

De Suárez Navarro nada digo á usted que valga la pena. Se habló de si iría ó no iría á Manila, si pasaría desterrado á Yucatán, ¡qué sé yo! Hoy se sabe que vive en Nueva York y que pronto pasará á Nueva Orleans.

Escribió á Corona, comandante militar de Veracruz, pidiéndole se interesara cerca del Presidente, á fin de que le concediera volver al país; pero parece que el General se

ha encerrado en una rotunda negativa, pues insiste en que el amigo de usted lo ofendió grandemente.

Del poeta Covarrubias le puedo contar que está cada día más desconsolado. Ultimamente su amada se casó, y el pobre muchacho quedó que inspiraba lástima. El matrimonio fué en San Angel, á las cuatro de la madrugada, y el bueno del poeta, que quiso apurar el cáliz hasta lo último, tuvo el valor de ir hasta la iglesia y cabalmente en la *tablilla* del mismo coche en que iba la bella.

A mí ha llegado á causarme pena esa pasión tan honda, de la cual mi prima no tiene culpa ninguna, pues no ha alentado á Juan con ninguna muestra de cariño real ó fingido.

Ahora hablemos de ese gravísimo negocio de corazón, que tan fúnebre se presenta. No me disgusta que aproveche usted su Víctor Hugo, que le aconsejé leyera, aunque sí me apena profundamente que tan sin razón declare terminados sus compromisos con su paisana. Vale la pena que tan pronto como usted pueda, emprenda una vueltecita á Tlaxochimaco para convencerse de la realidad acerca de este punto interesantísimo.

No estimaría yo á usted si no supiera que era hombre sensible y capaz de amar á una mujer. Esa estrella de quien usted habla está ya fatigada de brillar, tiene muchos años de dar sus resplandores á águilas y á gusanos, y no siente deseos de emprender otra vez la carrera. Y



luego, que hay vecindades peligrosas, vecindades que hacen daño á gentes (ó gusanos, diremos continuando la comparación) débiles como usted.

Yo comprendo y me doy cuenta del fenómeno operado en usted: como muchos provincianos que á los quince días de vivir en la capital, son más mexicanos que el Carlos IV del Paseo Nuevo, usted no se contentó con abandonar el sastrecillo rinconero que le vestía en Guadalajara y cambiarlo por Cussac, sino que también quiso cambiar de novia, y en vez de la palurda simpática y que lo quería bien, se ha fijado en una *liona* algo *cotorra*. ¿No es así?

Siga, mi buen amigo, siendo solamente amigo mío, y no piense en esas cosas que acabarán por volverle el juicio y quitarle su buen natural, tan hermoso y espontáneo.

Suya siempre.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

24 de Noviembre.

Muy distinguida señora. Desde anteayer que llegué á Acapulco pasé á saludar al amigo de usted, el coronel Comonfort. No me figuré que se encontrara en estas regiones hombre tan cabal, tan entendido y de tan buenas partes como don Ignacio.

De cuarenta años, aunque representa algo más por ser muy metido en carnes, atezado de color, de facciones regulares y ojos hermosísimos y fulgurantes, discurre y



D. JUAN ALVAREZ

escribe acerca de muchas materias con singular competencia y tacto superior.

Recibe á todo el mundo con urbanidad exquisita, obsequia á sus amigos con discreción, y es, en fin, un dechado de caballeros y de empleados.



En la hacienda de la Providencia topé con el general don Juan Alvarez, quien, como usted sabe, es el cacique de todo el sur y el hombre más temido de nuestro gobierno.

Anciano de cerca de setenta años, parece todavía más viejo de lo que es, á causa de que exagera sus achaques y su edad. Como todos nuestros campesinos que lo son de veras, es astuto, disimulado y cazurro, sin caer en la hipocresía ni en el tartufismo.

Tiene dos lados bajo los cuales puede considerársele — como si dijéramos el lado divino y el lado humano; — es un patriota y un liberal de buena cepa, un resto venerable de nuestras épicas luchas por la independencia; pero también tiene el prurito de la dominación y el deseo del mando. En su comandancia del sur no llega á moverse la hoja del árbol sin que él dicte las órdenes relativas, y tiene empeño en que todo el mundo lo mire como el dueño indiscutible de toda la comarca.

Sin embargo, ese ascendiente que tiene y que necesita, no está fundado en crímenes, como hacen creer los señores del gobierno de allá, sino en superioridad real y efectiva que ejerce sobre sus paisanos, que ven en él al soldado de Morelos, al compañero de Guerrero, al caballero leal y consecuente y al hombre de inmensos recursos, que cuenta con lo mejor en tierras y ganados de esta región.

Por eso debe usted desechar la absurda fábula del ase-

sinato del general Villada, á quien se enviaba como comandante general del departamento. Don Manuel María estaba enfermo, é imposible era que hubiera vivido, aunque Alvarez y los suyos hubieran estado cien leguas distantes.

Alvarez y el gobierno se temen y se miran de reojo, pero ninguno se atreve á soltar prenda ni á llevar la responsabilidad del ataque.

Usted recuerda el disgusto que causó en México la orgía canibalesca con que se celebró aquí la muerte del señor Alamán. Todo el mundo se figuró la verdad: era el guerrerista acérrimo que daba gracias á Dios por la desaparición del último de los jalapistas, que era al mismo tiempo el más caracterizado de los compradores del ilustre caudillo suriano; pero nadie mencionó á don Juan, y las iras de *El Universal* se dirigieron contra el secretario del Gobierno, don Eligio Romero, á quien pusieron de inhumano y de bribón que no había por dónde cogerle.

Días hace le mandaron las insignias de comendador de la Orden de Guadalupe, y el General aceptó aquello con aparente gratitud, cambiándose con este motivo cordialísimas comunicaciones que no eran en el fondo sino confites que ocultaban en el interior tósigos tremendos.

Pero á pesar de esas muestras de aparente sumisión, no puede caber duda al Gobierno de que aquí se conspira